

Argentina: economía y psicoanálisis *

Luis Blaum**

“...Tierra de desterrados natos es ésta, de nostálgicos de lo lejano y lo ajeno...y con ellos no habla mi pluma...Mi argumento de hoy es la Patria: lo que hay en ella de presente, de pasado y de venidero. Y como lo venidero nunca se anima a ser presente del todo sin antes ensayarse y que ese ensayo es la esperanza”...

Jorge Luis Borges¹

“¿Qué hemos hecho los argentinos?”...

La “esencial pobreza de nuestro hacer”² es la respuesta de Borges a la interpelación que arroja sobre la historia argentina y que, como una sombra, sobrevuela acontecimientos más recientes.

Sin embargo, los argentinos hemos hecho economía y psicoanálisis... psicoanalistas y economistas...inconsciente y mercado...pacientes y agentes económicos....Y algo más: anticipar el Fin de la Historia.

Si la historia quiso ser un eterno conflicto entre la necesidad y la voluntad, los argentinos ya lo hemos resuelto... Es que el fin de la historia o de “las historias”

* Deseo agradecer los valiosos comentarios y sugerencias realizados a este trabajo por el Lic. Jorge Lobov y el Dr. Mario Rapoport.

** Universidad Nacional de Tres de Febrero.

1. Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza*, Ed. Seix Barral, Buenos Aires, p. 11. ¿Por qué habrá abjurado Borges de ese texto juvenil? ¿Serán los “criollismos” literarios -como sostiene María Kodama en la “Inscripción”- o se habrá asustado de un hallazgo que lo involucra?
2. *Ibid*, p. 13.

aclara sus sentidos. Los acontecimientos relevantes pueden permanecer ocultos durante largos períodos, pero el momento y la forma del fin y el surgimiento de "lo nuevo" los ilumina: hemos merecido finalmente la democracia, pero de cualquier modo, "es difícil calificarla de empresa popular".³

Borges ya lo vislumbró: somos "casi norteamericanos o casi europeos" ⁴...El problema no es el *ser* de los europeos o norteamericanos sino el "casi"... Por lo demás, quienquiera que arribe a nuestra "Reina del Plata", descubrirá con agradable sorpresa todos los atributos de ese "casi ser" que es nuestro ser: el recién llegado no tendrá que lidiar con alteridades tal vez chocantes...

Nuestra última historia se presenta entonces como productora de anticipaciones y del triunfo del "casi ser" que remitiendo a la pregunta borgiana del epígrafe es un "casi hacer". Tal vez nuestro afán de "primer mundo" formulado como un atributo antes que como una tarea histórica, es lo que en cierto sentido nos convierte en el "caso Dora" de la economía y de las disciplinas que piensan lo social y político.

Por lo demás, nuestra realidad padece del mismo anacronismo que el resto de la humanidad y nada parece suceder que no tenga un cierto correlato con antiguos sucesos, especulaciones y doctrinas. La bruma que parece envolver el pensamiento occidental, se puede despejar, sin embargo, en estos lares. Al anticipar el fin de la historia y "globalizarnos" también "argentinizamos" al mundo, tomando la delantera de esa "derrota del pensamiento",⁵ deviniendo "Una avanzada del progreso".⁶

Esta suerte de ensayo que experimentamos los argentinos es, como nunca, un llamado, un aliento para "lo venidero". Por lo tanto, lo que aquí digamos pertenece al futuro y a la esperanza, porque el presente ya ha sido discutido y elaborado en el pasado...

Economía y Psicoanálisis: "Yo El Mercado hablo"

*"... la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante...
la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis."*

Jorge Luis Borges⁷

¿Por qué nuestros ministros de economía son tan importantes? ¿Quién no ha tratado de descifrar a los "gurúes de la City"? ¿Qué parcialidad política puede pres-

3. *Ibid*, p. 11.

4. *Ibid*, p. 14.

5. Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1987.

6. Joseph Conrad, *Una avanzada del progreso*, Ed. Alianza Cien, 1993.

7. J. L. Borges; "La muerte y la brújula"; en *Artificios*; Ed. Alianza Cien; p. 35.

cindir de su "equipo económico"? En fin, aunque especialmente intenso en nuestro país este "irresistible ascenso de los economistas" es un fenómeno mundial.

Así, en 1994, Markoff y Montecinos publicaron un artículo,⁸ donde nos dicen de la relación entre este fenómeno y la globalización. Los abogados, cuya cultura es particularmente nacional, habrían sido los profesionales favoritos para las burocracias gubernamentales en la época de consolidación de los estados autónomos. En cambio, los economistas *aparecen* no sólo como los portadores del lenguaje "universal" del mercado, sino con una capacidad especial para entender la sociedad y "el comportamiento humano".

En particular, parecen especialmente aptos para la política. En este sentido se preguntan los autores: ¿no serán los destinados a llenar el vacío que deja el pesimismo en la acción de los políticos, los que marcarían objetivamente las restricciones del mercado, *los que saben decir que "no"?*

Curiosamente en EE.UU., país "paradigma del mercado", Clinton asumió personalmente la supremacía de lo político sobre lo técnico: un mes antes de asumir y "frente a las cámaras de televisión, Clinton presidió una enorme reunión de economistas y representantes de la academia y del mundo de los negocios, e hizo gala de un formidable control de hechos e ideas, demostrando claramente que los economistas estaban actuando sólo como asesores y que el presidente era quien estaba al mando".⁹

Finalmente, dichos autores destacan que de igual modo a como acudimos a los médicos, abogados o sacerdotes para que nos guíen en los misteriosos caminos de la salud, los incomprensibles contratos o los insondables designios de Dios, también acudimos al economista como el "*administrador de la incertidumbre*" a la que nos someten los problemas económicos contemporáneos.

Este "acudir" al economista como a un médico, abogado o sacerdote, nos sugiere agregar al psicoanalista en una comparación entre estas figuras respecto al saber. Si bien "*un paralelo tan solo es fenomenológico; no prejuzga para nada ni la naturaleza ni la relación de las dos producciones, ni siquiera prejuzga la cuestión de saber si efectivamente existen dos producciones*",¹⁰ esta relación cuya pertinencia se deja momentáneamente en suspenso, busca llamar la atención, aun a través de sus diferencias, sobre cuestiones que hacen al particular funcionamiento de nuestra sociedad, en la que una suerte de profusión del discurso del economista es el signo de una *problematización* de los comportamientos, pero también de la economía como disciplina científica.¹¹

Existe una llamativa similitud entre el "lugar" del psicoanalista en el acontecimiento terapéutico y el del economista en la "escena" económica. El economista

8. J. Markoff y V. Montecinos; "El irresistible ascenso de los economistas"; *Desarrollo Económico*; 1994, n° 133.

9. *Ibid.* p. 23.

10. Deleuze y Guattari, *El Anti-Edipo...*, p. 18.

11. Michel Foucault, *Saber y Verdad*, pp. 231/232.

representaría al Otro que sabe, el famoso “Sujeto Supuesto al Saber” lacaniano (SSS) que nos dice de nuestros padecimientos de “agentes económicos”, y al cual escuchamos con la esperanza de entender los efectos de nuestras conductas. Por lo tanto, el pivote de una transferencia que, sin embargo, opera en forma “invertida” y predominantemente pública antes que privada, en una práctica que se parece a la de un predicador¹² e incluso a la de un sacerdote: es el encargado de justificar nuestra muerte y, por lo tanto, nuestra existencia, en nombre del “mercado” y sus necesidades.¹³

La transferencia se refiere en términos generales a un desplazamiento de sentido, a un apoderamiento de una imagen o un significante para dotarlo de un valor de significación que en sí mismo no posee. En esta dirección, el mercado como algo que está más allá de la porción del realidad de cada agente, se representa en el economista. Es como si los deseos del sujeto, en tanto que agente económico, se “aferraran” al significante economista, de modo que hay un elemento ilusorio.

Esto significa que, como sucede entre el psicoanalista y el inconsciente, no hay exterioridad del economista respecto al mercado en el campo discursivo.

Es decir, psicoanalistas y economistas operan desde un mismo “lugar”, pero en diferentes escenas y direcciones. El psicoanalista es un SSS hacia el cual se dirige el discurso del paciente en un consultorio, por lo tanto, un “pivote” que preferentemente escucha y devuelve ese mismo discurso bajo otra forma. El economista, en cambio, es un SSS desde el cual se enuncia y configura un discurso dirigido a los agentes en ámbitos públicos, de manera que se trata de un “pivote” que preferentemente habla.

Asimismo, la terapia psicoanalítica implica una mínima distancia entre el paciente y el analista: la presencia física es esencial al encuadre. Por otra parte, en el consultorio no se confunde nunca la tarea: cuando el paciente habla de sus sueños, lo que interesa es el relato del sueño y no el sueño en sí mismo. En cambio, la distancia entre los agentes económicos y los economistas es normalmente *infinita*, entre otras razones, por la confusión que padecen ambos términos de la relación, no sólo respecto del portador del saber, sino también respecto a la tarea que desempeña el economista: éste opera y habla de la realidad económica sin moverse de su oficina.

Aún más, los economistas introducen o traducen al mercado como un fenómeno moral. Ya no es un mecanismo, un dispositivo económico, sino una verdadera religión. Ellos vienen a señalar nuestra faltas y responsabilidades...¹⁴ “producen

12. George J. Stigler, *El economista como predicador y otros ensayos*, Ed. Folio, Barcelona, 1987, cap. 1.

13. Probablemente estemos utilizando la versión más “imaginaria” del SSS.

14. Es la lógica del “pecado original”. Véase Slavoj Zizek, *¡Goza tu síntoma!*, Edit. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994, p. 59.

ineficientemente...no ahorran lo suficiente... no pagan impuestos...” ¡sacerdotes frente a pecadores!, como proposiciones que después el sujeto-agente va llenando, le va dando significados. Sin embargo, este continuo reproche y hasta indignación parece remitir a una suerte de estrategia retórica destinada a colocarse como poseedor de El Saber y La Verdad.

Claro que, aunque este saber y esta verdad no sean más que ficción, “importa solamente que se acuerde sobre esta ficción y que su enunciación confiera en consecuencia *autoridad*: esa ‘oscura autoridad’ del verbo... sin la cual ninguna paz sería concebible”.¹⁵ Sin embargo, si la verdad en tanto “hace falta la verdad” es un requerimiento para manifestar a plena luz aquello sobre lo que debe acordarse, este lugar no es el del economista, quien sólo contribuye en tanto desplazamiento y por lo tanto, paz transitoria.

Mientras que los psicoanalistas están advertidos –o *deberían* estarlo– que la transferencia se produce gracias a que el paciente *supone* que él es poseedor de un saber sobre la causa de sus angustias –más allá de lo que realmente sabe–, el economista *cree* que él posee el saber que los agentes suponen que tiene. Resulta obvio que “El Economista” al que me refiero no es el investigador o el profesional, es decir, no es un “sujeto” en el sentido de una subjetividad parlante, sino un lugar y una función en un “campo discursivo”.¹⁶

En este sentido, el economista aparece como el centro de una nueva articulación, localización y circulación de discursos que responden a una notoria ruptura a partir de la cual produce vínculos novedosos con el “exterior”, generando la posibilidad de entendernos con el mundo occidental, en particular EE.UU. Este discurso emerge de una feliz coincidencia: la necesidad del símbolo (el Otro) para poder continuar como sociedad, y el discurso de la “globalización” encarnado en el “Consenso de Washington”.¹⁷

De este modo, en tanto perteneciente a una “estructura de discurso”, el economista a través de su intervención, genera la creencia que es posible un saber con referencia al sujeto (como agente económico) y sobre el mercado respecto a él.¹⁸ En tanto intervención de un saber referencial (imposible), el economista no escucha el síntoma, obtura o rechaza los significantes y precipita la respuesta de lo real: *la crisis...* siempre inesperada.

15. Mikkel Borch-Jacobsen, *Lacan - El Amo Absoluto*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1995, p. 147.

16. M. Foucault, *Saber y Verdad*, Ed. de La Piqueta, Madrid, 1985 p. 55. Ello implica también que existen economistas, que desempeñan ambas funciones.

17. Vivimos una época en que parece predominar un “espíritu unitario”, una *Weltanschauung*. Véase M. Foucault, *op.cit.* p. 51.

18. Jacques Lacan, *El Seminario de Jacques Lacan*, Libro 17. Paidós, Barcelona, 1996, p. 14.

El mercado y sus vicisitudes

Un rabino recibe la visita de uno de sus discípulos, no muy inteligente.

-Rabi, Rabi, ¿qué es la dialéctica?

-Hijo mío, si dos judíos salen juntos de una chimenea, uno con la cara sucia y otro con la cara limpia, ¿cuál de los dos tiene que lavarse la cara?

-¡El que tiene la cara sucia!

-¡Tonto! El que se la tiene que lavar es el que la tiene limpia. Porque el que la tiene sucia, al ver que el otro la tiene limpia, cree que también él la tiene limpia. Mientras que el que la tiene limpia ve que el otro la tiene sucia, y cree que también él la tiene sucia. Entonces va y se la lava. Esto es la dialéctica. Ve a casa y piensa.

Al día siguiente el discípulo vuelve a ver al rabino.

-Rabi, Rabi, ¡ya sé qué es la dialéctica!

-Dime, ¿qué es?

-Que si dos judíos salen juntos de una chimenea, uno con la cara sucia y el otro con la cara limpia, el que se la tiene que lavar es el que la tiene limpia.

-¡Tonto! El que se la tiene que lavar es el que la tiene sucia, porque, ¿por qué habría de lavársela el que la tiene limpia si ya está limpia? Ve a casa y piensa.

Al día siguiente, el discípulo vuelve a ver al rabino.

-Rabi, Rabi, ¡Ya sé qué es la dialéctica!

-Dime, ¿qué es?

-Que si dos judíos salen juntos de una chimenea, uno con la cara sucia y otro con la cara limpia, el que se la tiene que lavar es el que la tiene sucia.

-¡Tonto, retonto! ¿Dónde se ha visto que dos judíos salgan juntos de una chimenea, uno con la cara sucia y el otro con la cara limpia?¹⁹

Nacida a la vera de las ciencias clásicas, la economía nos dice del "mercado", que cual cosmos, inconsciente²⁰ o cuerpo humano, no necesita de nuestra voluntad para su funcionamiento. Pero si la física, el psicoanálisis o la medicina no sienten vergüenza de ser instrumentos para operar sobre los objetos que han creado, los economistas recomiendan "dejar hacer..."

Es decir, la economía se ocupa del "mercado" y, como sucedió con las demás ciencias positivas hasta la aparición de la física cuántica, la economía supone una

19. Mario Muchnik, *Mundo Judío*. Ed.Lumen, Barcelona, 1983, pp. 86/88.

20. "Una economía de mercado es un complicado mecanismo que coordina *inconscientemente* a los individuos y a las empresas mediante un sistema de precios y mercados", Samuelson y Nordhaus, *Economía*, Ed.Mac Graw Hill, 1986, p. 51.

“estructura del mundo independiente del cognoscente”.²¹ Pero esta estructura del conocimiento cartesiana, implicaba también una normativa respecto de los humanos: “... si la teoría... incidió en la vida, es porque fingió haber descubierto en el orden cósmico una conexión ideal del mundo, lo cual quiere decir: también el prototipo para la ordenación del mundo humano”²² y, según veremos, una razón y por lo tanto, una justificación para la vida.

La autonomización empírica de “lo económico” que genera el mercado permite con su generalización en su etapa capitalista, el surgimiento de una ciencia al estilo de las naturales, cuyo objeto –el mercado– se auto-organiza.²³ Por lo demás, si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, *el mercado lo está como un sistema de ecuaciones*²⁴ y, siguiendo a Walras, lo propio del mercado es ser un mecanismo “ciego”, que por aproximaciones sucesivas, por “prueba y error”, resuelve dicho sistema. En otros términos, el mercado es una *forma* de resolver las ecuaciones de un sistema económico, de manera que “la Economía Política pura... es como la mecánica, como la hidráulica, una ciencia físico-matemática”.²⁵

¿Qué resuelve el sistema de ecuaciones? Recordemos que la existencia del mercado supone una organización social con un alto grado de división del trabajo o especialización, de modo que las necesidades de las unidades económicas (sean consumidores o productores) serán satisfechas mediante “el intercambio”. Lo que hay que resolver es cuánto valen las mercancías o bienes entre sí, y qué cantidad de cada una se intercambia. Sin embargo, *representar* los intercambios por un sistema de ecuaciones no resuelve el problema. El mecanismo que utiliza el mercado es muy simple y eficaz: es “por tanteo”, por “prueba y error” y el resultado debería ser el “equilibrio general” del mercado (todos los mercados) en donde las ecuaciones de demanda neta se anulan. En síntesis, el mercado es un continuo *proceso de ajuste* en el que los agentes económicos prueban vender/comprar determinadas cantidades y precios, siendo normal que se equivoquen respecto de los que igualarían ofertas y demandas.

Pero si el agente económico compra y vende, también escucha y habla, por lo tanto, el intercambio económico forma parte de los intercambios generales que conforman las sociedades humanas y que se regulan desde un orden simbólico.²⁶ En efecto, la generalización de los intercambios económicos requiere para supe-

21. J. Habermas; Conocimiento e interés, en *Ciencia y técnica como 'ideología'*; p. 163.

22. *Ibid* p. 166.

23. Véase al respecto la relación entre el mercado como lugar de la *abstracción* del intercambio y el sujeto de la ciencia en Slavoj Zizek, *El Sublime Objeto de la Ideología*, Edit. S.XXI, México, 1992, p. 41.

24. Un sistema económico es, más allá de consideraciones institucionales, un sistema de ecuaciones. Julio H.G. Olivera, *Economía Estructural y Álgebra Lineal*, en Economía Clásica Actual. Ed. De Macchi, Buenos Aires, 1977.

25. Citado por H. Denis; *Historia del pensamiento económico*; Ed. Ariel; p. 405.

26. Jean-Joseph Goux, “A propósito de los tres aros”, en *Lacan con los filósofos*, S. XXI, México, 1997.

rar el trueque, de la mediación de un “universal simbólico” –el dinero–, que se constituye o encarna a la mediación misma. Como sabemos, el dinero posee tres funciones: es unidad de cuenta o medida de valor, intermediario en los cambios o medio de pago generalizado y reserva de valor o instrumento de atesoramiento.

En su origen, el dinero-mercancía cumple las mismas funciones en tanto objeto imaginario, simbólico y real respectivamente. La evolución del mercado ha llevado del dinero-mercancía al dinero-crédito, es decir, a un puro símbolo o bien al dinero como primacía de lo simbólico, como “asesinato de la cosa” o mercancía excluida.²⁷

Inconsciente y mercado se conocen por sus efectos o, mejor aún, se producen en sus efectos. El experimento individual del agente maximizando su utilidad no es el mercado; tampoco el rematador walrasiano, la producción, el consumo o el trabajo. Sólo el dinero presente o futuro permite, como el lenguaje, que los agentes se comuniquen y “efectúen” el mercado. El dinero “moderno”, el dinero-crédito, es la “puerta de entrada” de lo institucional-simbólico.²⁸ No pertenece al mundo de las mercancías sino al de las instituciones: el *sistema* bancario. Pero este dinero-crédito, cuyo único “respaldo” es la organización institucional, introduce una *mano visible*, un elemento que es de pleno derecho, extemporáneo al mercado: el estado. Todo este proceso opera necesariamente desde un dispositivo simbólico mayor y, como no podría ser de otro modo, estos tres registros –imaginario, simbólico y real– forman parte de la constitución del sujeto.

“Habitamos la escena del mundo, no el mundo. Esta escena es de naturaleza significativa. El mundo, el mundo real, debe ser perdido para que la escena del mundo se constituya. Así, la escena del mundo es lo que llamamos realidad, en tanto que el mundo está perdido. Este mundo fuera de escena no es inexistente sino imposible... no alcanzado por la simbolización. El sujeto se mueve en esta escena del mundo, en este mundo puesto en escena según las leyes del significante.... *La escena como tal nos preexiste*”.²⁹

¿Cómo es posible entonces que el *agente económico* –sujeto que se supone racional y libre–, *permanezca indiferente a estas determinaciones*? ¿Qué clase de transferencia en tanto lazo que “ata” al sujeto/agente al SSS/economista está implícita en esta hipótesis? ¿Cuál es la identificación que la sostiene?

27. *Ibid.*, p.167. Asimismo Keynes, en su polémica con Viner señala que “... el dinero sirve para dos propósitos fundamentales. Actuando como moneda *imaginaria* facilita los intercambios sin ser necesario que salga a relucir como objeto *concreto*”. Citado por Hyman P. Minsky, *Las razones de Keynes*, FCE, México, 1987, p. 87 (subrayados míos).

28. Véase más adelante, p. 195.

29. Jorge Lobov, “El *Acting Out* en el Proceso Analítico”, en *Temas de la clínica freudiana*, Ed. Temas, Argentina, 1990, p. 51.

Es que aquella escena se instituye como una interpretación del mundo, una puesta de sentido en donde los sujetos habitan. El agente económico tal como aparece en los libros de texto y en el discurso del economista es una *realidad* en el sentido del psicoanálisis, es decir, una construcción "secundaria", una representación. Así como en el "estadio del espejo" el cuerpo se constituye como una imagen del *cuerpo entero*, el sujeto se constituye agente como una imagen del *economista-agente*, de alguien que *representa la totalidad del mercado*. ¿Qué *relaciona a un agente particular con el déficit fiscal, la globalización, la competitividad, la convertibilidad, y otras tantas nociones que se corresponden con ese todo que es el mercado, sino esa imagen del SSS que es el economista?* El economista es a un agente particular como el dinero a una mercancía.

¿Qué *le falta a la imagen del agente en ese espejo?* Su existencia. *La existencia real es algo que no es reducible a una imagen ni a un lenguaje.* El agente, en tanto imagen del economista pierde su existencia real, ya que el economista *como tal*, se pronuncia sobre el mercado pero no hace la cola en el banco, ni es un desocupado, no tiene que pagar la quincena... en fin, aquello que es la misma existencia del agente económico pero que falta en el lenguaje de los economistas.

El agente económico se estructura en el Otro, con relación a la imagen y a lo que se dice de él, por lo tanto a la falta. De modo que —como cualquier sujeto— su deseo es el deseo del Otro (economista-mercado). ¿Cuál es el modo de respuesta del economista al requerimiento silencioso —a veces no tanto— del agente? Siempre es el del lugar del saber—totalidad.

Asimismo, "*a idea imaginaria del todo, tal como el cuerpo la proporciona... siempre fue utilizada en política, por el partido de los predicadores políticos*".³⁰ En otros términos, lo que destaca Lacan es que la imagen de un saber constituido como totalidad es inmanente a lo político, ámbito en el que, como vimos, los economistas poseen una participación privilegiada. Sin embargo, todavía hay que resolver el porqué de esa preeminencia que hace de todo discurso político un discurso económico y viceversa.

Lo que instituye el economista como elemento de la estructura significante, depende del lugar que ocupa el saber. En tanto existe una demanda de conocimiento, el economista ocupa el mismo lugar que el analista: es un SSS. Es decir, se le pide un saber acerca del sujeto—agente que aparece como un síntoma. Pero cuando es el emisor del discurso —en su carácter mediático o político— su posición se modifica ocupando el lugar del saber—totalidad,³¹ y como tal, se dirige al agente en tanto "cosa".

Asimismo, esta relación especular introduce la *distancia* que caracteriza el vínculo entre el sujeto como agente y el símbolo con el cual se identifica, gracias a la cual, en oposición a la imagen totalizadora, nadie se hace cargo de la fragmentación y dispersión que existen en las prácticas del mercado. Como en la configu-

30. J. Lacan, *op.cit.*, p. 31.

31. *Ibid*, p. 33.

ración del narcisismo –existir en el reflejo de lo que veo, de lo que me digo o me dicen–, el efecto de la imagen del *economista que todos seríamos*, es la ilusión de una totalidad *armónica y necesaria por la que hay que sacrificarse*.³²

Esta problemática ha sido instalada desde adentro de la teoría económica a través de la distinción entre el agente marshaliano y el walrasiano. Siguiendo el planteo de Leijonhufvud,³³ para la tradición de la teoría económica “clásica”³⁴ la conducta del agente es *adaptativa* a la información que obtiene de su participación *efectiva* en el mercado.

“En esta perspectiva, no hay lugar para Robinson Crusoe en la teoría económica, lo que conduce a considerar un tipo de conducta del agente impuesta por el mercado en la que el imperativo ‘maximizador’ deviene de su exterior: las exigencias del mercado que, en su forma capitalista, supone la movilidad del ‘capital’. En cambio, los neoclásicos sostienen que la economía se ocupa de la ‘conducta humana’ destinada a administrar los recursos escasos entre fines alternativos. Por lo tanto, la maximización ‘económica’ no es estructural-social sino que, perteneciente a la naturaleza humana, es anterior al mercado, de manera que en este caso, R. Crusoe pertenece de pleno derecho a la teoría”.³⁵

Punto culminante de este último punto de vista y por lo demás significativa, se ha construido una teoría para explicar cómo los agentes forman sus expectativas sobre el futuro: la teoría de las *expectativas racionales*. De acuerdo con ella, *los agentes conocen como funciona el mercado*, de manera que utilizando toda la información disponible, reaccionan frente a cualquier cambio en las variables *de acuerdo con los modelos de la teoría económica*. De esta forma, una política económica que busque efectos que no respondan a dichos modelos, no será efectiva: a los agentes no se los puede engañar. *¡Los agentes son economistas!*

Se puede entender mejor en un contexto histórico –fines de los ‘60– como reacción al economista todopoderoso de la era pos-keynesiana y sus fracasos en *predecir* y manejar la economía. De allí al extremo opuesto: el nihilismo político de los economistas.³⁶ En otros términos, el mercado “internaliza” –endogeniza–

32. “*El sacrificio es una garantía de que ‘el Otro’ existe*”. S. Zizek, *Goza tu síntoma*, p. 75.

33. Axel Leijonhufvud, “Mr. Keynes and the Moderns”, mimeo, Marsella, 1997.

34. A la que según Leijonhufvud pertenecen Marshall, Marx y Keynes. *Ibid*, p.4.

35. L. Blaum, S. Oliveros y M. Maulhardt, “Mercado, bifurcaciones y catástrofes”, mimeo, Buenos Aires, 1998, p. 12. En todo caso, como sucede con la termodinámica, “las partículas individuales no son ni sólidas ni líquidas. Los estados gaseosos, sólidos y líquidos son propiedades del conjunto de las partículas” Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Ed. A. Bello, Chile, 1996, p. 50.

36. James W. Dean, “La Disolución del Consenso Keynesiano”, en D. Bell y I. Kristol recopiladores, *La Crisis en la Teoría Económica*, Edit. El Cronista Comercial, Buenos Aires, 1983, p. 50.

todo lo que la política económica intenta, los mercados son racionales, de manera que lo mejor es no intervenir.

Es en el marco de esta nueva hegemonía en el discurso de los economistas que la identificación agente-economista es natural y se refiere a una identificación entre semejantes. Pero si esta imagen –siempre lábil, cambiante– es posible, lo es porque ya está constituida como efecto de lo simbólico que la preexiste. Nuevamente, el agente compra/vende y, como cualquier humano, *habla*, es capturado por el lenguaje de la economía que, por su pretensión totalizadora, es una forma de dar *sentido a la vida*. Es desde allí también que se define nuestra incompletitud permanente como adultos –primer mundo– y una suerte de camino y diacronía evolutiva, que tiene que ver con completar(se) siguiendo esa imagen –reformas estructurales– que nunca (se) alcanza.

También resulta llamativa una cierta intercambiabilidad entre agentes y economistas que proviene de esta identificación, de este constituirse agente en tanto imagen de Otro y que se denomina *transitivismo*. Así como los niños comienzan a hablar en tercera persona, los agentes económicos lo hacen como si fueran economistas lo cual, no sólo es producto del ocultamiento de intereses propio de la escena política, sino efecto de un discurso en el que, como vimos, los agentes *son* racionales, libres y, por lo tanto, economistas iguales entre sí, en una suerte de etapa de identificación narcisista nunca superada. En este caso, el economista es lo que uno como agente económico quisiera ser, el Ideal del yo desde donde el Otro-Mercado me acepta.

¿Por qué el agente no puede ejercer su práctica desde el puro egoísmo tal como aparece en las formulaciones paradigmáticas del *laissez faire*? ¿Por qué no puede actuar ciego respecto de la macroeconomía, la información mediática, la competitividad, etc., es decir, como un cuerpo celeste que no se ocupa de saber quién es? ¿Cuál sería entonces el saber–hacer del mercado?

Si el mercado está estructurado como un sistema de ecuaciones *su función radical es la de resolverlo*. El mercado es entonces una repetición, una suerte de eterno retorno de lo mismo –el error– de manera que no debería sorprendernos de que éste, su saber–hacer, el saber supuesto a lo real, no se ocupe de nosotros, nuestros problemas, angustias y satisfacciones. Pero también como parte del discurso económico, del saber del Otro, el mercado y sus vicisitudes –el equilibrio, el ajuste, la convertibilidad, la competitividad, etc. – poseen en su propia repetición, una cierta voz, como una resonancia cuyo origen –como el del dinero– se va perdiendo hasta constituirse en una bruma.

La satisfacción de las “necesidades” humanas aparece como la última instancia de toda la actividad económica. Pero si toda necesidad se expresa como demanda (el agente habla), siempre le será devuelta como deseo del Otro. El mensaje del sujeto–agente económico es emitido desde el lugar del Otro-Mercado³⁷ como un eterno “productor” de escasez. Por eso, la “necesidad económica” a la que

37. Jacques Lacan, “La significación del Falo”, en *Escritos II*, p. 670.

se refieren los economistas, no puede ser satisfecha nunca; no puede existir la saciedad. Siempre habrá una nueva, un sustituto, etc. Lo que se demanda es "pertenencia" como género, y "lugar" como número, no la satisfacción de alimento, vestido, etc., en fin, de una particularidad. Por eso el signo de esta demanda es un puro símbolo: el dinero.

La repetición, como un "automatismo" que actualiza lo reprimido, esa huella imborrable que constituye al inconsciente, lo es en modo superlativo respecto del mercado. Si el inconsciente repite siempre lo mismo, el mercado no le va en zaga: *prueba y error*.

Es que el deseo del agente, como el del sujeto para el psicoanálisis, es vehiculado por el significante, de manera que tampoco preexiste a la palabra. Aparece deformado, desplazado y transferido por intermedio del significante, de tal forma que cierta ambigüedad inevitable responde a la estrategia del mercado, organizado para el síntoma. Pero, ¿cuáles son esos síntomas como expresión de algo que no ha sido simbolizado y se esfuerza mediante la repetición por serlo? Inflación, recesión, desocupación, crisis cambiaria, etc. Son síntomas en tanto *reconocidos* por el economista y los agentes como *desajustes en el sistema de ecuaciones generados por alguna interferencia al mecanismo de mercado*.

Así como el psicoanálisis se fundamenta en una noción de enfermedad o patología que tiene relación con la armonía o *equilibrio* que se rompen y se transforma en conflicto, la economía coloca en lugar privilegiado la noción de equilibrio que a su vez se convierte en una suerte de normativa y principio moral. Por lo tanto, aquellos síntomas los son en tanto interpretaciones que no aparecen como tales.

La economía (política) como disciplina científica, está estructurada por una historia de prácticas teóricas que responde al modelo de ciencia instituido por la física. El camino recorrido ha sido sinuoso y como su referente, ha llegado al "fin de las certidumbres".³⁸ No hay un único modo de entender al mercado ni de interpretar los fenómenos económicos típicos.³⁹

De todas formas, el economista como discurso parece situarse en un más allá de los límites de ese campo científico, aunque en clara referencia al mismo, de modo que si la estructura epistemológica de la disciplina posee una especificidad, —como la necesidad de una estilización pronunciada— el mercado que se menciona no existe y nada autorizaría a utilizarlo para otros propósitos sin tomar los recaudos correspondientes: *hacerse cargo de la consabida distancia y de estar fuera de los límites que la propia "disciplina" impondría*.

Puesto que acudir al economista como un SSS implica la inevitable referencia a la disciplina, ésta debería apropiarse de su carácter de economía política. Mientras esto no ocurra, el lugar discursivo se constituirá en un obstáculo epistemológico.

38. Ilya Prigogine, *op.cit.*

39. Julio H.G. Olivera, "Realidad e Idealidad en la Ciencia Económica", *Ciclos*, n° 13, Buenos Aires, 1997.

gico que dotará a las formalizaciones científicas una significación imaginaria que nunca sospecharon tener.

La Convertibilidad: un sistema de poder

"El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general de que el estado es una inconcebible abstracción; -el estado es impersonal: el argentino sólo concibe una relación personal-. Por eso, para él, robar dineros públicos no es un crimen. Compruebo un hecho; no lo justifico o excuso; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano."

Jorge Luis Borges⁴⁰

Hasta aquí, se han dispuesto algunos señalamientos que intentan llamar la atención sobre la incidencia creciente del economista como lugar de enunciación de una verdad que subsume a las demás. En esta sección se analizará esa función en nuestra última historia como resultado de cambios mayores en el escenario internacional, pero también como efectos de una repetición, entendida como un "encuentro siempre evitado, de la oportunidad perdida" en fin, de que "lo que no puede ser rememorado se repite en la conducta".⁴¹

En todo caso, en la medida que el *casi-ser* nacional lo es en tanto tributario de lo que se propone desde el exterior, podemos retomar aquella interpelación que nos dirige el economista y su hegemonía discursiva como contemporánea al denominado proceso de la "globalización". Este fenómeno aparece como índice de la caída de la política y su discurso que acompaña a la del "muro". El Muro no era sólo la separación de lo "bueno" y lo "malo", una pared entre seres humanos regidos por distintas formas de organización social, imperios disputándose el mundo, sino que era un "muro del lenguaje" que, como tal, ha sido reemplazado por otro.

El lenguaje hace creer que aquello a lo que se refiere es real, apareciendo entonces como lo que representa algo para alguien, haciéndose "muro" pues siendo el lenguaje (del Otro) la realidad misma, hace creer que hay sujetos y objetos detrás del muro.⁴² Lo que habitaba al otro lado del muro, se parecía mucho más al

40. J. L. Borges, "Nuestro pobre individualismo", en *Otras inquisiciones*. Emecé, Buenos Aires, 1989. pág. 51.

41. Jacques Lacan, *El Seminario de Jacques Lacan*, Libro 11. Paidós, Barcelona, 1987, pp. 134/135.

42. Mikkel Borch-Jacobsen, *op. cit.*, p. 153.

Imperio Austro-Húngaro que aquello que los discursos de ambos lados parecía designar. El imperio soviético que nació de una "revolución partera de la historia", adquirió progresivamente la "misma incapacidad del orden establecido de los Habsburgo para hacer frente a los auténticos problemas del nacionalismo, la industrialización y los cambios sociales",⁴³ y se esfumó con similar rapidez.

Aquellos dos polos irreductiblemente opuestos y separados por un "muro", poseían sin embargo un rasgo común, una misma matriz "ideológica": la de la perspectiva única y trascendental, los ejes y miradas excluyentes. Si alguien inventa o construye, otros también, pero si "algo" crea o construye —el mercado, las fuerzas productivas, la historia, en fin, los artilugios de la razón— entonces hay una única vía y un único discurso de sentido, o mejor dicho, no puede haber dos "Uno". Es necesario reabrir esos capítulos de la historia reciente del mundo desde un relato alternativo que nos libere de la inexorabilidad, para resignificarlo.

Ese muro delimitaba rivales y sistemas diferentes, pero de una forma que desplazaba su significación. En este contexto, un tema que formaba parte esencial de aquel dualismo era su extrema simplificación en la que no había lugar a la ambigüedad respecto de uno ni del otro. Cada uno a su turno, ejerciendo el monopolio del sentido, imponiendo su propio discurso tiránico de imperativos universales. Sin embargo, en esa misma medida, ambos formaban parte del mismo muro, sosteniendo (se) uno al otro, o mejor aún, afirmando su sentido en el otro.

En otros términos, el mundo capitalista de la posguerra era el del mercado pero también el del "Estado de Bienestar", sostenido por el "muro" del discurso político de la rivalidad. Luego del "derrumbe", el triunfo de la "racionalidad económica" como verdadero punto de llegada o fin de la historia, es expresado en este "nuevo" muro simbólico: el del mercado y sus enviados. El triunfo fue representado como eminentemente económico —el del mercado— donde el papel de lo político —el estado de bienestar— fue rápidamente olvidado.

En todo caso, este muro de reemplazo lo es en tanto que opera desde lo "nuevo", aunque su característica es ser decididamente antiguo.⁴⁴ Terminado el conflicto, finalizaría la historia en un proceso imaginado como una película o una serie de televisión del "viejo oeste" (*¿Caravana?*), en el que las carretas van todas en la misma dirección, buscando el mismo destino: "la homogeneización de la humanidad... como resultado del desarrollo económico".⁴⁵ Llegadas a su meta, el último hombre, el "que está plenamente satisfecho por su existencia y que por eso mismo concluye la evolución histórica de la humanidad"⁴⁶ —¿el economista?— ha-

43. Allan Janik y Stephen Toulmin, *La Viena de Wittgenstein*. Ed. Taurus, Madrid, 1983, p. 338.

44. Eduardo Grüner, "La Parte y Los Todos. Universalismo vs. particularismo: las aporías ideológicas de la globalización (post)moderna", *Ciclos*, n° 12, 1997, p. 128.

45. Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre*. Ed. Planeta, Buenos Aires, 1994, p. 447.

46. Alexandre Kojève, *La Idea de la Muerte en Hegel*. Ed. Leviatán, Buenos Aires 1982, p. 95.

bitará entonces un mundo donde nada fundamentalmente nuevo se pueda decir, pues estará todo ya dicho.

Pero lo que alumbró la "caída del muro", este acontecimiento emblemático que se anuncia como el triunfo de un *logos* que es portavoz de la esencia incuestionable de las cosas, validado ahora por el rango científico de los economistas es precisamente este "ya dicho": este mismo relato pre-keynesiano "ya dicho" fue a su turno un muro de lenguaje que hacía de la desocupación una curiosidad metafísica que -ahora se puede admitir- conserva una irresistible vigencia.

¿Qué hay entonces de la convertibilidad y su eficacia subyugante?

Si los discursos se estructuran como respuesta y modo de acceso a *su verdad* que, en todo caso, no pueden enunciar más que ocultándola,⁴⁷ corresponden algunos rodeos y precisiones antes de abordar "la convertibilidad" y la prédica que instaura, puesto que interpelarla como "sistema de poder", implica situarla en el contexto político específico en el que adviene.

En aquel mundo bipolar nacido de la posguerra, nuestro país aparece con su propia antinomia, realidad política relativamente desplazada de los fenómenos ideológicos internacionales que no deja de asimilarse sin embargo a ese otro dualismo que pretende rechazar: como el par capitalismo-comunismo, peronismo y antiperonismo se integraban como un modo de constitución recíproca, un principio organizador del poder y sus discursos y, por lo tanto, también separados por su "muro" distintivo. Más evidente aún luego de su derrocamiento en 1955, el poder político y su inestabilidad respondieron a ese "muro" de lenguaje que acentuó su naturaleza simbólica con Perón en el exilio.⁴⁸ Todo funcionaba alrededor de la proscripción política en combinación con la industrialización sustitutiva de importaciones. Cada dos o tres años, la crisis del sector externo tenía un correlato político en un nuevo "golpe militar" o un intento democrático.

Con la muerte de Perón, se precipita la caída de "nuestro muro", es decir, se derrumba aquello que operó durante tres décadas como sostén del sistema político. El advenimiento del gobierno militar de 1976 abre un período de acontecimientos desmesurados en el que se buscó fervorosamente un enemigo en ausencia "del enemigo". Como efecto inmediato, se produjo el vaciamiento de sentido de los acontecimientos que, en tanto a-históricos, pertenecían a un conflicto cuya "realidad" era una suerte de inercia voluptuosa de aquella historia nacional e internacional ya terminadas.

47. Benjamín Domb, "Dora entre el amo y el analista: el saber"; en *Más allá del falo*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1996, p. 46.

48. Perón como significante Amo que "abrocha" el conjunto de un campo simbólico-político, es mencionado por S. Žizek, "Goza tu síntoma"; p. 165 (llamada 35).

En este marco se inscribe el conflicto con Chile por el Beagle y la ejecución de una lucha antsubversiva imposible de imaginar hasta entonces, a través de una estrategia digna de la "batalla de Argelia". Asimismo, la guerra de las Malvinas, verdadero anticipo de la Guerra del Golfo sin la presencia de la CNN, carece también de significado "histórico". *En cambio, el plan o régimen económico que se implementó, anunciaba en cierto modo la verdadera raíz del por-venir.* En otros términos, si la muerte de Perón anticipa el "fin de la historia", es precisamente porque permite no sólo aquella desmesura, sino también la emergencia del discurso económico que ocupará el espacio de la política.

En efecto, los estertores de esa matriz de poder que se intenta mantener y reproducir no tenía otro destino que el fracaso. La derrota frente a los ingleses nos precipita nuevamente en nuestro destino borgiano: como sucederá luego con la convertibilidad, *la democracia nos adviene por precipitación*,⁴⁹ por huida y descomposición de ese simulacro de nuevo orden que se intentó en el 76 y que culminó en una feroz crisis económica e institucional.

La pérdida de la moneda en la hiperinflación es parte de ese proceso ya inapetable. Si se admite la disculpa de las altas tasas de interés internacionales que fomentaron la fuga de capitales, poco se hizo en cambio para torcer aquel origen más cercano a un interinato –o reemplazo forzoso– que a una voluntad política que se impone.

¿A qué alude –y elude– entonces la convertibilidad?

Como hemos visto, el dinero moderno es el dinero-crédito y, si bien todo dinero lo es porque es *universalmente convertible* en cualquier mercancía, el dinero-crédito se caracteriza por existir en la medida que hay *convertibilidad* entre distintas monedas emitidas por diversos bancos. En forma similar a como el dinero permite generalizar los intercambios, la forma de superar los dineros-crédito de emisión y circulación "local" es que exista un *dinero-central* emitido por un banco central. Lo que permite y asegura que una moneda de un banco particular sea intercambiable con otra, transformándola en un medio general de cambios, es el "sistema bancario". Por lo tanto, habrá que crear reglas e instituciones, incluso leyes que permitan el cobro de las deudas y juzgados que penalicen el incumplimiento de las mismas.

Formas más eficientes de mercado requieren clases de dinero sostenidos por una organización compleja que implicará costos para las transacciones. De esta forma, algunas que se habrían realizado si no existieran costos, ahora no podrán realizarse. Sin embargo, *existen fuertes economías de escala en los costos de organización de un mercado*, y en particular del dinero. Pero este dinero-crédito,

49. Véase más arriba (p. 187) la calificación que hace Borges de la Guerra de la Independencia y que transfirió al último advenimiento democrático.

cuyo único “respaldo” es la organización institucional, introduce una *mano visible*, un elemento que es de pleno derecho, extemporáneo al mercado: el estado.

Es aquí donde interviene nuestra argentinidad: la convertibilidad del peso respecto al dólar no es sólo un mecanismo “técnico-económico” sino una forma de negar –ocultando– la pérdida del estado y al mismo tiempo, la afirmación de su ausencia. Es decir, el “dinero central” de nuestro sistema bancario es emitido por otro estado –la Reserva Federal de EE.UU.– actualizando “nuestro pobre individualismo”.

Este “objeto ausente” –el estado– ha sido reemplazado por una especie de fetiche –la Convertibilidad– que implica una operación económica concreta, pero que remite a una imposibilidad, a algo que no se puede poseer.⁵⁰ Mejor aún, este objeto sustituto, “hallado” antes que producido,⁵¹ viene a satisfacer esa imposibilidad siendo su mismo procedimiento, su propio ser. Por eso insta un campo discursivo de bordes rígidos –el del economista–, obturando y reprimiendo cualquier fuga, salvo la que implica alejarse más y más del objeto perdido. El “funcionamiento de la ‘ilusión objetiva’ del mercado como totalización de lo social-histórico es paralelo a (y articulado con) el efecto de “sutura” de la subjetividad por el cual el fetichista puede alucinar un Otro no sometido a la castración, puede imaginar un mundo pleno de sentido, aunque ese sentido le resulte estrictamente enigmático e indescifrable”.⁵²

En la medida en que el estado-nación es el representante del trabajo histórico de una “comunidad”, es decir, de una tarea desarrollada en un tiempo intergeneracional irreversible, la Convertibilidad viene a sancionar el definitivo “fin de nuestra historia” y el modo de anticipación.

Si el intercambio simbólico es el sustento de la sociedad y las palabras son el signo de reconocimiento del Otro, este predominio del dispositivo de discurso económico, ha suplantado al anterior, que se ha derrumbado junto con el rival. Aquella utopía que no fue, es reemplazada ahora sin más por otra: un “mercado” que aparece *ex-nihilo* del discurso de los economistas. Este efecto se percibe en forma destacada en nuestro país, donde a partir de “la Convertibilidad”, ese dispositivo ha operado en forma sumamente eficaz, precisamente reemplazando a ese otro “muro” perdido promediando los ‘70.

El éxito fulgurante de la convertibilidad, remite como en otros procesos de hiperinflación, a una necesidad extrema: se “terminó simplemente porque no podía continuar”,⁵³ aun cuando la forma, el momento y sus ejecutantes particulares, no

50. Giorgio Agamben, *Estancias*, Ed. Pre-Textos, Valencia, 1995, p. 72. Conviene señalar que en este caso, a diferencia de la colección de objetos similares, se trata de un fetiche *único e irreplicable*.

51. Hallazgo que posee ese acento de sorpresa, pues encuentra más y menos de lo que esperaba y que es solución incompleta o transitoria de sentido. Jaques Lacan, *El Seminario de Jaques Lacan*, Libro 11, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1987, p. 33.

52. Eduardo Grüner, *op. cit.* p. 125.

53. John K. Galbraith, *El dinero*. Ed. Hyspamerica, Buenos Aires, 1983, p. 190.

dejaron de ser un “accidente oportuno”.⁵⁴ Esta eficacia es fundamentalmente simbólica, pues ha permitido a nuestra sociedad expresar lo que no había podido ser formulado: el pacto o consenso mínimo para subsistir como tal. Por eso ha intervenido desde el símbolo económico puro: el dinero. Pero a pesar de toda su arrogancia, la convertibilidad no puede superar –porque no es su función– las grietas por las que se filtra y denuncia nuestra falla, que podemos detectar en el mismo rango desde donde se restauró la moneda: la cuenta corriente bancaria sigue siendo un instrumento de pago inseguro y poco generalizado, aún en comparación a países como Chile y Brasil.

Más aún, si los grados o intensidades de la inflación se miden con relación a las funciones que el dinero va dejando de cumplir, el dinero de la convertibilidad tampoco es un dinero pleno, pues el peso no funciona como unidad de cuenta y sólo parcialmente como depósito de valor.

En este mito–simbólico sigue operando la realidad de una ausencia, aquella que se construye en un proceso histórico, se expresa en instituciones y símbolos, pero también en dispositivos materiales: el mercado se construye en todos los registros de lo humano.

Imaginemos (¿supongamos?) un mundo donde “las carretas” de Fukuyama han llegado por fin al mismo destino. En cuanto a su organización económica, podemos entrever la desaparición de las monedas nacionales y de los bancos centrales que las sustentan. Como lo demuestran la crisis de “el tequila” y “asiática”, las monedas nacionales son un verdadero estorbo y es en ese camino que la Argentina y su convertibilidad –la globalización radicalizada– representan una anticipación.

En este sentido, el mundo debiera imitarnos, pues aquí hemos pactado con “eso” –El Mercado– que funciona como burlándose de nosotros y aun en contra de nosotros. La Convertibilidad no es un objeto pero, como El Mercado, posee caras visibles, los “padres” de la “criatura”, los que conocen la “verdad” y por lo tanto, son poseedores de ese “cetro” que se cede en función del poder simbólico que otorga. Si el deseo de los argentinos es ser como norteamericanos y europeos, la Convertibilidad es entonces el simulacro que lo encarna y lo vela en su propio develamiento.

¿Qué tiene esto de malo? Nada –la Convertibilidad y el Mercado no tienen la culpa que los hagamos responsables de terminar con la historia– salvo que puede resultar en una nueva *fuga* de una “voluntad que quiere el objeto, pero no la vía que conduce a él y desea y yerra a la vez el camino hacia el propio deseo”.⁵⁵ Por lo demás, las utopías –por ahora– no existen...

54. *Ibid.*, pág. 191.

55. Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 31.